

el fango de las más brutales obscenidades, dejan oír su voz el entusiasmo patriótico, la sátira personal, la inspiración, en fin, que obedece á circunstancias del momento, y que no suelen cultivar las escuelas encastilladas en la rutina.

Las composiciones en que se advierten el amañamiento y la falta de espontaneidad, son las contenidas en el *Cancionero de Ajuda*, las más antiguas precisamente; con lo cual se demuestra que los poetas cultos imitaron á los occitánicos primero, y que por dichosa casualidad se proponían después remozar los cantos indígenas que á diario entonaba el vulgo, y que así adquirieron acaso más galanura y perfección de forma. Debió de iniciarse esta costumbre durante el reinado de D. Dionís (1279-1325), según opina fundamentalmente el Sr. Menéndez y Pelayo. En lo tocante á los orígenes del lirismo gallego tradicional, «no es posible—añadiré con el insigne crítico—aventurar conjeturas de gran fuerza sobre tiempos tan remotos y oscuros como aquellos en que la poesía de las lenguas vulgares comenzó á emanciparse de la latina; pero creemos que el despertar poético de Galicia hubo de coincidir con aquel breve período de esplendor que desde los fines del siglo XI hasta la mitad del XII pareció que iba á dar á la raza habitadora del Noroeste de la Península el predominio y heguemonía sobre las demás gentes de ella. Durante los reinados de Alfonso VI, de Doña Urraca y del Emperador Alfonso VII, el espíritu gallego, encarnado en la colosal figura del Arzobispo Gelmírez (personificación, al mismo tiempo, de la Iglesia feudal), se levanta con incontrastable empuje y cumple á su modo una obra civilizadora, acelerando la aproximación de España al general movimiento de Europa. Nuestro aislamiento de los primeros tiempos de la Reconquista; nuestra humilde y heroica Monarquía asturiana abrazada á los restos de la tradición visigótica, no podía bastar á las necesida-

des de los tiempos nuevos; y así fué disposición providencial que por Toledo entrase la cultura semítica, y que nuestros traductores la llevasen en triunfo hasta las escuelas de París, de Oxford y de Padua, al mismo tiempo que incesantes oleadas de peregrinos venidos de todas las regiones del Centro y Septentrión de Europa trajesen á Santiago, al son del canto de *ultreya*, los gérmenes de la ciencia escolástica y jurídica y las semillas de la poesía nueva. El grande hecho de la peregrinación compostelana es el que da más luz sobre sus orígenes, y no los indicios relativamente pequeños que los críticos portugueses tanto suelen encarecer, tales como el viaje de Marcabrús y algún otro trovador á la corte del naciente reino de Alfonso Enriquez, ó las frecuentes relaciones de éste con ejércitos cruzados, en los que gratuita, aunque no inverosímilmente, se supone que hubieron de venir algunos cultivadores de la poesía provenzal. Citase á este propósito aquella armada que al mando del Conde de Areschot asistió al sitio y toma de Lisboa en 1147, y aquella otra que en 1157 comandaba Thierry de Flandes. Citanse también enlaces muy antiguos entre la casa de Portugal y las de Provenza y Barcelona; las bodas de Doña Mafalda, las de doña Dulcia; la larga estancia de Alfonso III en Francia con los hidalgos de su bando, designados algunos de ellos en los *Nobiliarios* con el calificativo de *trovadores*. Pero sin negar el valor significativo de estos y otros tantos hechos, no creemos que la lírica de los trovadores entrase en Portugal por comunicación directa de Francia, de Cataluña, ni menos de Italia, como quiere suponer el erudito Teófilo Braga, sino que de Galicia pasó á Portugal con todos los demás primitivos elementos de la nacionalidad portuguesa, condecorada luego con el pomposo nombre de lusitana para disimular sus verdaderos orígenes, que en Galicia y León han de buscarse, y no en el decantado cruzamiento con los *mozárabes* de Extre-

madura, convertidos por Braga en autores de fantásticas epopeyas»<sup>1</sup>.

A las observaciones de Menéndez ha de añadirse que, con la peregrinación compostelana y convergiendo al mismo fin, coincidieron los viajes de los trovadores provenzales á las cortes de los reyes castellanos, desde Alfonso VII hasta Alfonso X; que Marcabrús, Folquet de Marsella y Gavaudán el Viejo compusieron cantos de cruzada para la conquista de Almería y la batalla de las Navas; que el regio favor dispensado á estos y otros muchos poetas del Mediodía de Francia, y la estima que sus trovas merecieron en la esfera más elevada de la sociedad, hubo de producir en Castilla anhelos de cultivar el arte que tanto entusiasmaba. Ahora bien, el idioma en que se cantaron las gestas heroicas de la Reconquista, y al que se confió el tesoro de la sabiduría oriental; ese idioma noble y severo, no debió de parecer propio para interpretar las dulzuras del amor y las intemperancias de la sátira, y por lo mismo se convino en designar para este objeto el más flexible y melodioso de los romances peninsulares, análogo al provenzal en su estructura, y cuyo uso en la poesía lírica castellana de los siglos XIII y XIV es un hecho indiscutible, consignado ya por el Marqués de Santillana en las siguientes conocidísimas palabras: «E después fallaron esta arte que mayor se llama, e el arte comun, creo, en los reynos de Galicia é Portugal, donde non es de dudar que el exercicio destas sciencias más que en ningunas otras regiones ó provincias de España se acostumbrió, en tanto grado que *non ha mucho tiempo qualesquier decidores e trovadores destas partes, agora fuesen castellanos, andaluces ó de la Extremadura, todas sus obras componían en len-*

<sup>1</sup> *Antología de poetas líricos castellanos*, prólogo del tomo III, páginas 11 y 13.

*gua gallega ó portuguesa...*» La afirmación rotunda del Marqués sólo se refiere á la poesía lírica, no á la épica, como se ha pretendido.

Existe, sin embargo, la excepción de una obra que tampoco se había dado á luz hasta nuestros días, única en su género, y de tan capital importancia por su representación en la historia de las letras nacionales, como por el nombre de su esclarecido autor. Las *Cantigas* del Rey Sabio<sup>1</sup>, sobre las que tanto, y por lo común tan erróneamente, se ha escrito, ya suponiendo que el estar compuestas en gallego obedecía á inexplicable capricho de D. Alfonso, ya desentendiéndose del carácter narrativo que en ellas predomina, son una muestra sumamente curiosa del consorcio feliz que se verificó en el espíritu del coronado trovador de María, entre las múltiples corrientes poéticas que cundían entonces por España: el subjetivismo galaico y la inspiración guerrera y religiosa de la epopeya castellana. Quiso Alfonso X celebrar, como Gonzalo de Berceo, las glorias de la Virgen, pero no en la lengua de las Partidas, sino en la que le había servido en sus mocedades para asuntos bien poco honestos, y aun abiertamente lascivos; y desplegando toda la rica variedad de los metros provenzales (desde los versos de cuatro sílabas hasta los de diez y siete), á la que aun no se prestaba el idioma de Castilla, levantó también el gallego á las alturas del relato heroico, siquiera fuese en forma rudimentaria y concisa. Numéricamente aventajan con mucho las *Cantigas de miragres* (359) á las *de loor* (43); las inspiradas en la tradición piadosa, ya transmitida oralmente, ya por los libros de Vicente de Beauvais, Gautier de Coincy y otros escritores ma-

<sup>1</sup> *Cantigas de Santa María de Don Alfonso el Sabio*. Las publica la Real Academia Española, Madrid, 1889. Dos tomos en folio. Fué dirigida la edición por el Marqués de Valmar, que la enriqueció con extenso prólogo, copiosas ilustraciones y glosario.

rianos, á las propiamente líricas, menos divorciadas de la escuela trovadoresca.

Continuó disfrutando el gallego la heguemonía de un empleo casi exclusivo para la poesía erótica y cortesana hasta mediados del siglo XIV; y aunque ya de antes se escribiera alguna canción en castellano, como la que se conserva de Alfonso XI<sup>1</sup>, todavía hay en ella, y en otras posteriores, resabios del lenguaje galaico, que fué poco á poco cediendo ante el de Castilla. Usan de entrambos los poetas más antiguos que figuran en el *Cancionero* de Baena, como el Arcediano de Toro, Alfonso Alvarez de Villasandino, D. Diego de Mendoza y el enamorado Macías, mucho más célebre por sus aventuras y trágica muerte que por sus versos; el mismo Marqués de Santillana trovó alguna vez en gallego; mas no impedían algunos casos aislados que se realizase la obra fatal y necesaria de la unificación lingüística, completada por sucesos históricos posteriores y por el empuje del Renacimiento.

La musa vencida del Noroeste se retiró á los valles y montañas patrios, asociándose al rústico concierto de las fiestas populares, y la que había sido habla esencialmente poética degeneró en inculto dialecto, privado de derechos de ciudadanía en el mismo territorio donde tuvo su origen. No aportó por eso Galicia gran contingente al común acervo de las letras nacionales; pues los nombres de Fr. Jerónimo Bermúdez y Trillo de Figueroa no bastan á representar dignamente la poesía de una región que, si puede vanagloriarse de haber producido al P. Feijóo en el orden científico, no comenzó á redimirse en el literario de la acusación de Lope de Vega (*Galicia nunca fértil en poetas*) hasta la edad dorada del romanticismo, cuando el ilustre Pastor Díaz exhalaba en sus rimas la amargura y el des-

<sup>1</sup> Este rey fué el que mandó traducir al gallego la *Crónica troyana* de Benito de Saint Maur.

engaño, un poco ficticios, donde algunos creen adivinar, no sé si con razón, penumbras de melancolía céltica. Que en la primera mitad del presente siglo contase Galicia con un tan notable poeta, y otros hoy olvidados, como Salas y Quiroga y José Puente y Brñas, parece ya augurio del posterior renacimiento que vamos á estudiar.

La vigorosa innovación romántica, el culto á los recuerdos locales que ella despertó por doquier, la guerra á la uniformidad clásica, la idealización de los tiempos feudales, en la que al entusiasmo se sacrificaba la exactitud histórica, y el mágico y deslumbrante panorama que vino á sustituir las agotadas ficciones de la mitología, tuvieron que ser bien acogidos en la patria de Macías y Rodríguez del Padrón, cuyas figuras, junto con la del mariscal Pardo de Cela y otras coronadas del legendario prestigio á que aun no había osado tocar la crítica, desfilaban por el teatro y el libro recreativo, más ó menos hábilmente diseñadas, pero siempre con el encanto que atrajese la curiosidad de los poco escrupulosos, haciéndoles pensar en una sociedad y unas costumbres muy diferentes de las actuales. En un país azotado por el infortunio, y al que se mostraban horizontes de gloria nobiliaria en la lejanía de sus anales, brotó espontáneamente el anhelo de conservar aquella parte de su herencia moral y sus tradiciones que aun fuera susceptible de rehabilitación.

No se sintió en Galicia ni tan pronto<sup>1</sup> ni con tanta intensidad como en Cataluña el movimiento román-

<sup>1</sup> Prescindiendo del drama y de la novela en que vulgarizó D. Mariano José de Larra las aventuras del enamorado Macías, la primera obra literaria de algún renombre escrita en este siglo por un autor gallego sobre asunto regional es la de Benito Vicetto, *Los hidalgos de Monforte*, publicada por primera vez en Sevilla (1851), reimpresa en la Coruña y Madrid (1857), y á la que siguieron otras narraciones de la misma pluma. De ellas, y sobre todo de la más importante, he hablado en otra ocasión. (*La Literatura Española en el siglo XIX*, Parte II, pág. 267.)

tico; tampoco podía éste evocar en la primera de las dos regiones la memoria de una nacionalidad independiente hasta los comienzos de la edad moderna, ni sugerir el propósito de devolver su importancia á un dialecto que la había perdido completamente y que no se empleaba, ni se emplea, en el trato de personas cultas, á diferencia de lo que ocurre con el catalán: pero sí era permitido á la musa erudita y reflexiva acercarse allí, como en otros lugares, á la ingenua y seductora del pueblo, en cuyos vergeles había de recoger sus más hermosas flores la moderna literatura gallega.

Quizá también contribuyeron en parte á su formación, ó más bien al carácter que ha ido tomando en estos últimos años, las publicaciones histórico-regionales de Vereá y Aguiar <sup>1</sup>, Martínez Paadín <sup>2</sup> y B. Vicetto <sup>3</sup>, desprovistas de espíritu crítico, sobre todo la última, en que se registran las más estupendas novedades, é inspiradas por el mal entendido espíritu provincialista. Algunas exageraciones contenidas en estos libros cundieron hasta convertirse en tópicos, que hoy repiten autores de buen criterio, extraviados por la corriente de la moda.

¿Hemos de creer que el renacimiento literario de Galicia encerrara desde sus orígenes la semilla de las tendencias políticas que en él se manifestaron posteriormente? Tengo para mí que los desahogos tribunicios de Antolín Faraldo, la segunda intención de la proclama que redactó á nombre de la *Junta Superior provincial de Galicia* (15 de Abril de 1846), y sus proyectos utópicos de autonomía regional, no hallaron

<sup>1</sup> *Historia de Galicia*. Primera parte. Ferrol, 1838.

<sup>2</sup> *Historia política, religiosa y descriptiva de Galicia*. Madrid, 1848.

<sup>3</sup> *Historia de Galicia*, Ferrol, 1865-1874. Siete volúmenes.— De intento no menciono la obra que con el mismo título comenzó á publicar en 1866 D. Manuel Murguía, por considerarla muy superior á las tres citadas, á pesar de sus deficiencias y de alguna opinión que el autor patrocina y que ha desautorizado recientemente la Academia de la Historia.

eco entre sus paisanos, ni aun fueron comprendidos por la mayor parte de ellos, y así lo da á entender el señor Murguía en el libro *Los Precursores* <sup>1</sup>. El pronunciamiento de Galicia contra el Gabinete Istúriz fué obra del partido progresista, y no se distinguió de la generalidad de las sublevaciones que se vieron en España desde la inauguración del régimen constitucional; la propaganda democrática que á mediados del presente siglo se deslizó por los claustros de la Universidad de Santiago, debió de estar más inspirada en filantrópicas ideas cosmopolitas, con su tanto de volterianismo, que en las que hoy mantienen los defensores de las libertades regionales <sup>2</sup>.

De los dos poetas que dirigieron esta efímera propaganda, uno de ellos, Aurelio Aguirre, sólo escribió versos en castellano. Su compañero Eduardo Pondal figura como cultivador del habla propia de su país en una antología formada en 1862 <sup>3</sup>, y que nos muestra, ya iniciado y en camino de florecer, el renacimiento literario de las provincias gallegas.

En la mencionada antología, que lleva el título de *Album de la Caridad*, se insertan las obras en prosa y verso premiadas por el Consistorio de los Juegos florales, que promovió y costeó en la Coruña el opulento propietario D. José Pascual López Cortón, y que se celebraron con gran pompa, en el teatro de San Jorge, el 2 de Julio de 1861. La segunda parte del *Album*, la más extensa y curiosa, forma un repertorio abundante, aunque no selecto, de la poesía regional, así en castellano como en gallego, á contar desde los primeros años del siglo XIX.

<sup>1</sup> Pág. 30. (La Coruña, 1886.)

<sup>2</sup> Véase lo que á este propósito escribe Murguía al trazar la semblanza de Aurelio Aguirre. (*Los Precursores*, págs. 43-65.)

<sup>3</sup> *Album de la Caridad. Juegos florales de la Coruña en 1861, seguido de un mosaico poético de nuestros vates gallegos contemporáneos*.—La Coruña, 1862. Un volumen en 4.º prolongado de LV-482 páginas.